

LA BUSQUEDA DEL PROPIO SER

José Abdulio Cordero

Es sobradamente conocido el término NACIONALIDAD. Los juristas son conocedores de su contenido en cuanto plantea problemas de derecho. Nuestras Constituciones señalan las credenciales para la nacionalidad, señalan sus fuentes jurídicas, los procedimientos que han de seguir quienes, careciendo de ella, desean obtenerla.

No se da una definición; no hace falta, dada la naturaleza de la Carta Política. Es un término del dominio vulgar. Cuando se le pide su nacionalidad a cualquier escolar del nivel medio, éste contesta sin vacilación y le oiremos decir: costarricense, panameño, español, o la que sea suya. Ello demuestra que la palabra es comúnmente familiar. Se entiende, sin duda, vagamente, pero con gran eficacia práctica, algo así como que esa palabra denota una condición o estado que liga al individuo con su pueblo; que ese pueblo está regido por un Gobierno y ubicado en un determinado territorio. Y no hay en esto error. Por ahí se inclinan los diccionarios de la lengua.

Sin embargo, no parece muy satisfactoria la definición a una mente reflexiva. Tras la franca fachada jurídica del término nacionalidad se asoma un algo trascendente. El diccionario de la Real Academia Española dice: Nacionalidad "condición y carácter peculiar de los pueblos e individuos de una nación". La acepción es más convincente; es un carácter y es peculiar. Efectivamente: la nacionalidad es una categoría del ser humano, una modalidad esencial de la cual procede su derecho. En este punto deja de ser un concepto y se torna en un objeto de la realidad. Antes que un derecho, ya es un hecho.

Siendo la nacionalidad esto que presumo, más concreta aún será ésta o aquella determinada. Y la costarricense no sólo es una de tantas, sino que es la nuestra. Conocerla mejor, sin ropajes engañosos, es deber ineludible de un costarricense.

CONCIENCIA Y NACIONALIDAD

Pienso que al hablar de nacionalidad no trato un tema nuevo; ni siquiera un objeto postrenacentista; mucho menos de aquende la Revolución Francesa. Estimo, como he dicho, que es una categoría del ser humano; y el hombre no empezó en 1780.

Cuando los españoles vinieron a esta América, los naturales pobladores entregaban a ellos el oro a cambio de chucherías. En manos de los nuevos poseedores constituía toda una riqueza. Pero aquellos indígenas desconocían el precio de lo que prodigaban. La ignorancia de esos hombres hizo pasar inadvertida una fuente de riqueza.

De la misma suerte estuvo eso que se llama nacionalidad, ya desconocido en absoluto, ya siendo objeto de pródiga donación, a trueque de baratijas. Los hombres y los pueblos han ido descubriendo lentamente sus valores intrínsecos. El objeto primero novedoso, descubierto como ajeno quizás, paulatinamente se ha ido integrando a la vida misma. Los avances de la ciencia humana, la que tiene por objeto al hombre, han ido permitiendo, cada vez mejor, un acto de conciencia. Y cada

hombre encuentra dentro de sí, al cabo de ese examen, una dimensión social que lo hunde más en sí, al ritmo que lo integra a su grupo o medio humano. Esa dimensión individuante y socializadora es la nacionalidad. Es un descubrimiento, no una invención. De tal modo que la nacionalidad se realiza a base de conciencia. Ella es algo potencial que puede perdurar de esta manera o entrar en acto, realizarse. De acuerdo con la doctrina de las causas, la conciencia sería la causa formal.

En efecto: la nacionalidad es de sí una potencia y un acto. En cuanto lo primero, se trae como herencia humana, innata a cada individuo. Como acto, es una energía operante, un ergón, cuyo motor es la conciencia. No es una condición perfecta sino perfectiva. Esto constituye su nota peculiar. Porque tanto el individuo como un pueblo experimentan una evolución nacional. La campaña capital de las naciones es la educación y ésta se bate arduosamente contra la ignorancia y el estancamiento, dos términos afines. La perennidad del ascenso cultural determina a la humanidad misma, la caracteriza. La cultura individual y colectiva jamás habrá alcanzado plenitud; siempre estará inclinada hacia estadios superiores no logrados. Pues la nacionalidad es potencia en constante realización; nunca dejará de serlo; siempre constituirá un tender hacia lo no alcanzado. Cada momento es una vigencia actual, verificada. La dimensión nacional del hombre participa de su condición humana; se presenta como satisfacción por lo consumado y, a la vez, toma el aspecto de una interrogación; es un presente deseoso de futuro, una actualidad de "futurición".

LA BUSQUEDA DEL PROPIO SER

Cada ejemplar humano se siente movido por una insaciable curiosidad: el deseo de averiguar si ha errado o acertado el camino de su vida. Quisiera ver escrita en algún libro una contestación precisa a su pregunta. Cada uno ostenta conocerse, a sabiendas de su trágica ignorancia. Esta situación intelectual y afectiva es incentivo para la reflexión. Ella da origen al acto de conciencia. Empieza la búsqueda de sí mismo. Al paso que se descubre, va viviendo halagadoras experiencias. Se siente más seguro y se acomoda paulatinamente a su medio social. Porque, más dueño de sí mismo, no tarda en echar una mirada a su alrededor e intentar proyectarse; el individuo, al encontrarse, dilata su ser y éste trasciende al medio social. La dilatación del ser humano es trascendencia y sólo puede acontecer cuando ha alcanzado una etapa superior. Y esa modalidad de ser implica el propio hallazgo. Ahora bien: hay dos maneras de hallarse: 1º) por un acto eventual de fortuita coincidencia; 2º) un producto de la búsqueda, que viene, al cabo, de un esfuerzo de observación reflexiva.

El proceso normal de reflexión habrá capacitado a la conciencia para administrar el objeto descubierto, encauzándolo según sus finalidades preestablecidas. Por otra parte, eso nuevo ya se ofrecía en forma de barrunto seductor. Cada momento en la vida es capaz de ofrecer esta experiencia y, en sentido general, cada individuo se busca y se encuentra a cada paso que vive.

He hablado de la vida individual. Diríase que la comunidad lleva otra vida, regida por leyes muy distintas. Y es cierto. Pero no lo es menos el hecho de que toda sociedad está formada de individuos; esa comunidad será tanto más avanzada cuanto más marcado esté el desarrollo individual de sus componentes.

El grado de individualidad determina el nivel diferencial de una sociedad. El curso ascendente comunal será relativo al ascenso consciente individual.

Tomar a la comunidad como autodegenerándose me suena un absurdo. Entenderla como ser autóctono, cercenando interpretativamente al individuo, me parece un delito de lesa realidad. En la sociedad está íntegro el individuo y de su integridad emerge la definición de aquélla. De paso quiero adelantar un juicio: porque pretende aniquilar al individuo y sus diversas manifestaciones naturales; el comunismo asistirá siempre a una lucha sin cuartel consigo mismo. Pugnan entre sí la teoría del ano-

nimato individual, exaltando la personalidad colectiva, y la realidad misma de la vida que repudia a la teoría. En ese forcejeo dialéctico se dan: 1º) *La tesis*: la realidad de vida y su componente individual irreductible; 2º) *La antítesis*: una teoría disolvente del individuo, que busca su aniquilamiento; 3º) *La síntesis*: una organización política de vaporosa solidez, siempre amenazada de muerte por sus contrarios constitutivos irreconciliables. He aquí el entramamiento insoslayable de una dialéctica exclusivista.

LA NACION, UNA UNIDAD DE CONVIVENCIA

Las sociedades que han llegado a ser de veras, pueden considerarse como unidades de convivencia. La nación es una sociedad superior. Ella se hace menos capaz de bastarse a sí misma a medida que avanza su curso histórico. En consecuencia, se verá, sin quererlo, inclinada a buscar en otra nación lo que ella no posee. Se establece así una necesaria solicitud recíproca entre las naciones: la oferta y la demanda, revistiendo todas las formas del valor. La necesidad, vivida y sentida como impulso, o bien sometida a las normas del pensamiento político más elevado, constituye el móvil principal de dilatación. Aquí se entronca la nación como sociedad con el individuo que la constituye.

Cada nación se proyecta a la vecina. La vecindad se va ampliando, dilatando, universalizando. Un balance del proceso continental de dilatación efectuada en sus naciones nos ha de dar la jerarquización de pueblos, de naciones. En esta jerarquía unas tendrán mayor renta cultural, más alto grado de dilatación, serán unidades de convivencia. Se proyectarán hacia afuera en la medida de su interna seguridad.

Las naciones hispanoamericanas son hechas de América y de Europa; más concretamente, de América y de España. El molde informe de la cerámica iberoamericana, es la geografía de América, sembrada de valles y montañas. Para propender a esa dilatación irremisible, estos pueblos se esfuerzan en buscarse; deben encontrar su ser. Y cuando se hayan encontrado, en posesión de la propia conciencia, pueden abrir el curso franco a la expansión, nacida por impulso esencial de su existencia. Así no habrá peligro de perderse, confundidos entre la diversidad de intereses que fluyen en la comunidad de naciones.

Ahora bien; cuanto más acelerado sea el ritmo de su historia, tanto más necesaria es para un pueblo su propia conciencia. La búsqueda de sí mismo se identifica, en el pueblo, con el acto de búsqueda refleja que se ha de operar en los individuos.

HISTORIA Y CONCIENCIA

La nacionalidad se ofrece como un ser evolutivo, ya lo he dicho. Se da como algo inherente al ciudadano, como el alma misma ciudadana. Pero no se da sino bajo el aspecto de conciencia. Esta es conciencia de la propia historia. No sabremos lo que somos, si ignoramos lo que fuimos. La incógnita de lo que seremos se despeja con la indagación del presente, basada en el pasado. La probabilidad histórica del futuro tiene su arranque en el presente. La nacionalidad se afirma en esta exploración tritemporal.

Parece evidente que para un pueblo su historia es conciencia de pasado. Distingo, al hablar de *historia*, sus dos acepciones:

1º) La historia como proceso de la realidad humana que evoluciona, como el ser mismo de una sociedad en su devenir. Es ésta una acepción ontológica de la historia. Deja, en consecuencia, el rango lógico y se constituye en vida o ser que

1.—El concepto de unidad de convivencia que uso aquí está explicado en LA ESTRUCTURA SOCIAL, JULIAN MATIAS, (Revista de Occidente) p. 26.

vive. Lo histórico, relativo a la historia, es sinónimo de lo humano. La histórico y la historia son el pasado de un pueblo hecho presente. Está representado por categorías humanas futuribles, engendradoras de futuro. La historia se encuentra en el seno mismo de la sociedad y ésta sólo históricamente es inteligible. (2) La historia costarricense es Costa Rica como sociedad en una sucesión de pasados que devienen. Y siguiendo a J. Marías, "la única realidad efectiva en nuestra historia es la presencia de las vidas individuales". (3) El ser histórico es el mismo individuo actor de historia en su doble dimisión inmanente y trascendente, factor de la sociedad y producto de ella.

2º) La historia como ciencia. Se trata aquí de una ciencia, de una investigación. En este punto la historia no es realidad de vida; es conocimiento de esa realidad. La historia es un proceso de comprensión. Ese proceso busca, es claro, el contacto del investigador con el objeto de su disciplina. En ese objeto hay que buscar la justificación del fragmento de lo real, "lo bastante para tomarlo como punto de partida de un regreso explicativo" (4). Ese punto de partida es lo real humano; es una necesidad impostergable de comprensión en un presente determinado. Este nos lleva hasta una realidad pasada que debemos comprender. La historia es un proceso lógico de explicación comprensiva, una ciencia cuyo objeto es el pasado deviniendo. La historia-ciencia tiene su objeto en el pasado. La historia-realidad rebasa las fronteras temporales, pues ellas mismas le están supeditadas.

El objetivo principal del científico en este campo es alcanzar la mejor correspondencia entre estas dos historias. Allí le espera el triunfo o el fracaso.

La historia-ciencia es conocimiento y, en tanto lo es de veras, es conciencia. Ella es el camino por el cual se encuentran y armonizan el presente y el pasado humanos. Ella nos conduce al encuentro de nuestro ser pasado, al descubrimiento de nuestra nacionalidad creciente.

¿Cómo habrá de operar la historia-ciencia en la conciencia de un individuo y de un pueblo? Lo hará sin abandonar los documentos que la auxilian. Para que éstos llenen su función en las disciplinas históricas, han de ser tomados como el rastro de un ser histórico. Pero se debe rastrear en esa huella el hálito vivo del ser humano que la dejó estampada.

La interpretación de nuestra historia, su real conocimiento, ofrece las mismas dificultades que a un crítico literario entender con plenitud a un autor polifacético que ha mucho dejó de vivir (biológicamente). Se pierde fácilmente la pista en lo sinuoso de los personajes de una obra a la otra. En cada obra, en cada trama o personaje, se esconde un aspecto inaccesible del autor. En cuanto a la historia, esa ineptitud para entrar en los tramos ocultos, responde a que "el pasado, en cuanto espiritual, es por esencia inacabado y su representación implica una especie de renovación" (5). Por eso, al pretender tomar conciencia de nuestro pasado, estamos, por inexcusable necesidad, obligados a continuar, de algún modo, lo que vamos hallando inconcluso. Esta inclusión es esencial a la historia.

El caso es que al conocer la historia, en parte nos encontramos con lo que no fuimos (no fueron los antecesores), o no hemos llegado a ser. La conciencia histórica lleva en sí acción renovadora a base de ideales que nuestros antepasados no pudieron realizar. A la historia-ciencia le está reservado su papel: debe integrar el pasado activo, no acabado, al presente colmado de proyectos. Al toque de la disciplina histórica se da la continuidad real de la historia. Porque toda actividad espiritual se inserta en una tradición en la cual se define el individuo (6). La auténtica disci-

2.—MATIAS, JULIAN: *La Estructura Social*, p. 22.

3.—O. C. p. 20.

4.—*Introducción a la Filosofía de la Historia*, RAYMOND ARON, ps. 47-48.

5.—ARON R., O. C. p. 152.

6.—ARON R., O. C., p. 154.

plina histórica es proceso de conciencia, de educación del individuo y de la comunidad. Su mayor acierto estriba en provocar un contacto vital entre el pasado y el presente, poner en evidencia viva su identidad y contribuir con eficacia a la evolución del ser histórico.

SIGNIFICADO DE UNA CRISIS

Es oportuno advertir que no siempre se da ese fenómeno que vengo comentando. Suelen darse épocas de crisis. En estas oportunidades surge un estado de desorientación. Son períodos de inestabilidad en que se halla alterado el reconocimiento del individuo en su propio medio. A menudo se caracterizan los momentos de crisis por un estado de rebeldía minoritaria contra el statu quo de la comunidad. El ideal del individuo se independiza del ideal colectivo, bajo las formas de un divorcio. La inestabilidad ocurre por una conciencia de vacío, falta de sustentación. La experiencia de inseguridad se produce, porque se ha desvanecido una vigencia. Se ha debilitado la conexión con el pasado remoto y esto, porque algo se fugó del pasado inmediato: una vigencia.

Se hace entonces necesario el hallazgo de un asidero. La actividad se intensifica. Toda etapa de crisis reviste una intensa actividad. Y en esa vibrante movilidad se va el eco del pasado. La crisis histórica es crisis de conciencia. Ella involucra una intensa combustión de energías humanas que suele dejar huellas en el alma de los monumentos. Al cabo de la acción, cesado el nerviosismo colectivo, vuelve la ilación consciente enhebrando el trozo que se vive con la vida que se dejó, pasada. Cuando los nublados del día desaparecen hay tiempo y calma para ver que toda la borrasca vino por un sentimiento de inestabilidad. Este fue el efecto de la desconfianza en la eficiencia de lo que se tenía. Quien sopló las primeras brisas que se tornaron en tempestad fue un reducido grupo de individuos, una minoría, una conciencia individual.

El estado de crisis es inherente a la historia. Pero ocurre con mayor frecuencia e intensidad en los pueblos jóvenes; en ellos es índice de evolución ávida de ritmo sereno; acusa patencia de energías. Al paso que la sociedad va conformándose, madurando, se acentúa la estabilidad. Los períodos de crisis emergen de estratos cada vez más externos, hasta el punto que no se conmueve el cimiento esencial que sustenta la comunidad.

Conforme la intensidad y frecuencia de los períodos críticos disminuye, va tomando solidez y continuidad la marcha histórica del grupo humano. Se da un armónico engarce de lo viejo y de lo nuevo, quizá porque nada resulta tan viejo ni tan nuevo. Ese estado de madurez anima a todo lo humano en una sensación de normal devenir, sin saltos ni violencias. Lo histórico seguirá su devenir pero ofreciendo la impresión de un statu quo; un conservatismo periférico se instala, cubriendo el crecimiento inalterable de lo humano. Entonces la historia, como proceso de conciencia individual y colectiva, toma el puesto que le corresponde, identificando los elementos de la realidad pretérita y presente, como estadios sucesivos de un mismo devenir. Esto precisamente constituye el móvil furtivo de la continuidad histórica, propia de naciones ya maduras.

Siendo afán común la búsqueda de nuestro ser nacional, quizá por un estímulo ostensible de crisis, el servicio que presta la historia es inapreciable. Sin embargo, en esta exploración reflexiva de la nacionalidad, el objeto se va presentando como lo histórico, en su sentido de realidad. Por lo tanto la historia, en su doble acepción, ciencia y realidad, constituye el factor primario en la definición de nuestro ser nacional.